El sindicalismo libre, primera víctima del totalitarismo

La sociedad democrática moderna, basada en el principio activo de la pluralidad del poder, reconoce en los gremios Obreros una partícula del mismo, al igual que la prensa, los partidos políticos, las sociedades culturales, etc. Esa integración del poder democrático por parte del gremialismo libre no nació por revelación espontánea, como Minerva de la cabeza de Zeus, "para poblar de pensamientos al hombre", sino como consecuencia de un largo proceso de lucha. El sindicalismo libre concebido como "grupo de presión" dentro de la sociedad contemporánea es un hecho histórico, ubicado en el mismo camino del progreso que recorren otras conquistas del derecho humano. Es más, la función que dentro del yo armónico del poder juega hoy el sindicalismo libre es una conquista occidental.

Los "calicot" (dependientes de tienda) parisinos de 1900 fueron insurgentes porque pidieron la jornada de 10 horas y descanso dominical. Los empleados casados veían a sus esposas por la noche, como a hurtadillas: los solteros dormían en un rincón polvoriento del almacén; los aprendices —"roufions" en el argot del oficio— casi nunca salían de él; junto con los "castigados" eran los perros guardianes del establecimiento. En la "Belle époque" de 1900, la miseria y la opulencia se codeaban en los boulevares parisienses. El famoso "Bon Marché" despedía a sus empleados sindicados y las vendedoras de la Galería Lafayette iban ¡todavía en 1907! al refectorio en filas de tres en fondo sin poder hablar unas con otras, y una vez en el refectorio, encerradas bajo llave. La progresiva democratización de la sociedad contemporánea reconoce la presencia activa, pues, del sindicalismo libre, corno uno de los elementos de la gran transformación.

No extrañe entonces que la regresión totalitaria haga centro en la destrucción del movimiento obrero libre, que da tono y contenido a las mejores palpitaciones de las grandes masas populares. Esta verdad necesita ser trabajada en el cerebro y en el corazón de todos los hombres; de los obreros, para que éstos, con un sentido egoísta de los propios intereses, defiendan sus instrumentos de lucha; de los no obreros, para que comprendan que sin sindicalismo libre —sin acción de la clase trabajadora— la democracia es una fórmula vana, insustancial, falta de sentido, carente de vida y, por eso mismo, insuficiente para albergar los impulsos del pueblo. El problema social no es un ítem más en la campaña proselitista de los partidos políticos, sino un hecho que produce la sociedad toda en su incesante labor de creación y recreación.

Leíamos estos días el último número de “COASI” Boletin de los obreros argentinos libres en exilio, y al apreciar la sistemática campaña de destrucción de los gremios libres en Hungría, Checoeslovaquia y otros países detrás de la "Cortina de Hierro", nos afirmamos en la idea de que aquéllos son una de las primeras víctimas de las dictaduras totalitarias. Tal circunstancia no se da por ciega fatalidad o por designio caprichoso de los amos del poder. La perversión primero, y la destrucción después, del gremialismo independiente, constituye uno de los capítulos principales del plan de operaciones del totalitarismo mundial.

Fascismo. hitlerismo, peronismo y comunismo sostienen que los gremios deben ser del Estado, es decir, instrumentos del poder, antes que formas y entidades para la acción autónoma de la clase trabajadora. "fascios di lavoratore" de Mussolini y las agrupaciones sindicales de Hitler, como los sindicatos soviéticos. no difieren en cuanto a principios y propósitos, con la CG T peronista. Esta identidad respecto de las fuerzas del trabajo indican [sic] que una de las principales tareas que tiene la sociedad democrática es la de fortalecer los gremios libres, al tiempo que los integrantes de éstos deben compenetrarse de la función de los sindicatos dentro de la sociedad democrática.

Texto extraído de: *De Frente*, 1/6/1953, p. 1.